

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

PRIMERA COLECCION DE LOS ARTÍCULOS DE

«LA LECTURA POPULAR»

CON UN PRÓLOGO DE DON FELIX SARDÁ Y SALVANY.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de una peseta en toda España, franca de porte. Al que tome doce ejemplares se le regalarán dos, y al que tome ciento se le regalarán veinte.

Los pedidos, acompañados precisamente de su importe, al Editor, D. José del Ojo y Gómez, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha, Madrid.

ADVERTENCIA.

Rogamos á todas las personas que nos tienen hechos pedidos de esta obra, se sirvan dirigirlos á Madrid en la forma que indica el anuncio y los recibirán inmediatamente.

SECCION RECREATIVA.

EL TRABAJO SIN DIOS

—Amigo Director, he leído EL MARTILLO DE S. JOSÉ y lo encuentro á usted bastante exagerado. Ataca usted descaradamente la industria y los adelantos modernos. No sé donde vá usted á parar.

—Dispense usted, amigo; pero usted no ha leído bien mi artículo; yo no ataco los adelantos ni la industria, lo que ataco es la mala direccion que han tomado, pues por ella en vez de ir hácia la civilizacion ¿sabe usted á donde vamos?

—¿A dónde?

—Al taparrabos.

—Hombre ¡qué cosas tiene usted!

—Lo que usted oye. Mi artículo ha tenido por objeto probar que uno de los males que amenazan al mundo moderno nacen de que este ha torcido la direccion del trabajo humano: de que el hombre no trabaja ya para vivir y perfeccionarse sino para gozar y enriquecerse: en una palabra, que ha olvidado la doctrina cristiana, por lo que ya no vá hacia adelante, sino hácia atrás.

—Pero hombre, ¿por qué tienen ustedes, ciertas gentes, ese afan de mezclarlo todo con la doctrina cristiana? ¡hasta la industria y el trabajo!

—Porque sin esa doctrina ni el trabajo dá buen fruto ni la industria buen resultado.

—No lo comprendo.

—Pues es muy fácil. Figúrese usted (y empecemos por el trabajo) que yo soy un pobre obrero que vivo de mis brazos y necesito todo mi jornal para la manutencion de mi familia. Si estoy montado á la antigua, es decir, si pienso y obro como católico, me haré la siguiente cuenta: «Triste es esta vida que llevo, triste tener que pasar un dia y otro dia trabajando como un azacan para ganar el pan con el sudor de mi frente y luego, por todo goce, andar siempre en estrechuras, y tal vez tener que sacrificar hasta el placer del cigarro para alimentar á mis hijos; pero ¿cómo ha de ser? á este mundo no vinimos á gozar, sino á merecer: cada uno á de tener su cruz, bendita sea la mia que cuando Dios me la envió de esta clase es sin duda porque se ajusta mejor á mis hombros. Despues de todo, puesto que el evangelio ha llamado bienaventurados á los pobres, y á los ricos los compara á unos camellos que para salvarse han de pasar por el ojo de una aguja, más vale ser pobre que ser camello.» El obrero que piensa de esta manera, con seguridad es honrado, es laborioso, es fiel, vive con orden, no derrocha ni se embriaga, no arma revoluciones; en una palabra, dá buen fruto á sí mismo á su familia y á la sociedad.

Pues hagamos la oracion por pasiva.

Figúrese usted que aleccionado por las modernas doctrinas, y calentada mi cholla por esos periodicuchos de taberna que hoy se han dedicado á comerciar con el pueblo, sacándole el jugo, mientras le hablan de *libertad* y de *curas*, me dedico al trabajo, no para vivir cristianamente y educar á mi familia, sino para realizar esos sueños de oro y placer que dificilmente se realizan en esta vida, porque precisamente lo impide la misma pasion que los engendra, ¿qué sucederá? que mi trabajo será como el del esclavo; violento, forzado y hasta peligroso.

Atrévase, sino, cualquiera á poner al frente de sus negocios un obrero de este género.

No lo hará ¿por qué? porque á quien trabaja de este modo no pueden pedirsele ni grandes sacrificios ni grandes virtudes. Lleva en su corazon un veneno que las destruye todas.

De ordinario, esta clase de obreros, viven ansiosos, descontentos, llenos de vicios: malgastan en la taberna la mitad de su jornal y gracias si dejan la otra mitad á su familia para que la coma mojada en lágrimas. Regularmente ellos son la comparsa de todas las revoluciones, el instrumento de todos los ambiciosos y el pagote de todos los motines.

¡Infelices! Si alguien les dijere al oido «estais engañados; buscais un imposible: á este mundo ni el rico ni el pobre vinieron á gozar. Lo que llamais grandes fortunas, tal vez son grandes desdichas. El trabajo humano no tiene por objeto la riqueza, sino la perfeccion. Dominados, aprended á sufrir, que sin el sufrimiento, ni el pobre ni el rico consiguen nunca la felicidad.» ¡Oh! si se les dijere esto, la vida de esos pobres cambiaría por completo.

—Efectivamente, comprendo que ciertas ideas influyen mucho sobre nuestro modo de obrar; pero no comprendo la relacion que tengan con la industria.

—Porque usted no ha pensado que la industria no es sino la ampliacion del trabajo. La industria sin Dios ha hecho lo que el trabajo sin Dios, torcerse, y en vez de un adelanto convertirse en un retroceso.

Dios impuso al hombre el trabajo como un verdadero elemento de progreso, como un medio de perfeccionar su espíritu y de alimentar su cuerpo. ¿Y la industria qué ha hecho de él? Todo lo contrario. Un medio de centralizar la riqueza y de refinar el lujo.

Y sinó dígame usted ¿qué está haciendo hoy esa industria en el mundo? ¿acaso alimentando la sociedad y perfeccionándole ó acaparando el trabajo individual, mientras llena al individuo de nuevas necesidades?

Yo quisiera que usted meditase sobre esta obra de destruccion social hija del olvido de Dios y base de nuestras desdichas.

En vano se tratará de defenderla con sofismas y peroratas.

El trabajo tiene por objero *alimentar y perfeccionar al hombre*, y la industria moderna ha hecho de él una especie de feudalismo que arruina al pueblo y lo corrompe.

¿Por qué? Porque esa industria sin Dios, para vivir, necesita dos cosas que ha buscado siempre: *ahorro de trabajo y muchos compradores.*

El ideal del fabricante de abanicos sería inventar una máquina que le permitiese á él solo hacer todos los abanicos de España sin gastar un jornal.

El del fabricante de paraguas idem per idem.

El del fabricante de relojes idem de lo mismo.

Es decir, que cada uno quisiera producir él solo, y que los demás consumiesen, pero ¿qué vá á consumir el que nó produce? ¿Con qué vá á comprar el producto quien no trabaja?

—Te lo daré barato, dice la industria tentando su vanidad y presentando en lujosos escaparates un millon de baratijas que llenan de deseos los ojos, mientras dejan amargo el corazón.—Compra, le dice al pobre, viste elegante, goza de la vida; ya ves cuantas cosas bonitas producen mis fábricas; pero... no me pidas trabajo, porque la maldita competencia me obliga á reducirlo.

¿Y eso es progresar?

Pues dejemos ese lado de la industria sin Dios y tomemos otro.

¿Qué no está haciendo hoy esa industria para corromper á la sociedad con tal de ganar dinero?

El ramo de láminas indecentes, de libros indecentes, de fotografías indecentes, de objetos de arte indecentes, ha llegado á un extremo tal, que real y verdaderamente forma ya un ramo aparte. ¡Pero qué ramo!

Pues no digo nada el de las sustancias falsas, el de los medicamentos falsos, los alimentos falsos, las bebidas falsas.

Sobre esto hay cosas admirables; se falsifican ya hasta los huevos crudos.

Vá á llegar día en que antes de comer un plato de arroz ó beber una copa de vino, tendremos que hacer un análisis químico.

Y es que desde la física y la química hasta la más insignificante de las ciencias y las artes, todo se ha puesto ya al servicio de la codicia por un lado, y de la mala fé por otro.

Es decir, que por todas partes se sirve al diablo, y únicamente deja de servirse á Dios.

Seguramente su justicia es ramo que produce poco.

Mas ¡ay! llegará día en que se sabrá la importancia que tenía ese ramo. Cuando los pobres sin Dios, llenos de odio y ~~paños~~ enfrente de los ricos sin Dios, llenos de codicia, den la gran batalla,

cuyas primeras escaramuzas se escuchan ya por Londres y Bruselas. Entonces el cañon de una parte, y la dinamita de otra, se encargarán de demostrar lo que es la civilizacion sin la doctrina cristiana.

Quiera Dios que antes de llegar ese caso se convenzan todos, que solo el evangelio tiene fuerza bastante para enderezar el corazón de los hombres y que solo por la vuelta á las virtudes predicadas por Cristo, es como puede volver el mundo al verdadero camino del progreso.

A. C. y G.

HISTORIA

DEL ANCIANO MENDIGO.

Desde muchos años iba diariamente á sentarse y á pedir limosna en uno de los escalones de la puerta de una de las iglesias de Paris, un mendigo viejo de aspecto triste y sombrío, conocido con el nombre de Jaime. Casi jamás hablaba, y se limitaba á inclinar la cabeza cuando se le daba algo. Cuando se entreabría su andrajoso traje, veíase sobre su pecho una cruz dorada.

Un joven sacerdote, el señor abate Paulino de*** iba habitualmente á celebrar misa á aquella iglesia y jamás al entrar se olvidaba de dar su pequeña ofrenda al pobre Jaime.

Descendiente de una noble y rica familia, el abate Paulino de*** se había consagrado á Dios por el sacerdocio, y hacía todo el bien que le era dable á los desgraciados: el viejo Jaime le amaba en extremo sin conocerle.

Un día observó el abate que Jaime no estaba en su lugar acostumbrado, y notando que se prolongaba esta ausencia, inquieto por la suerte de su viejo protegido, pidió las señas de su casa para ir á verle. Diéronselas, y cierta mañana, después de celebrada la santa misa, se encaminó á la vivienda de Jaime.

Llamó á la puerta de una buhardilla, situada en el sexto piso; respondióle una voz debilitada; y entró. Era Jaime el que le había contestado. Estaba enfermo, tendido en su cama, ó mejor en un miserable jergon, con la tez pálida, con los ojos turbios...

—¡Ah! ¿sois vos, señor abate? dijo al buen sacerdote cuando le distinguió. Demasiado bueno sois en venir á ver un miserable como yo... No lo merezco.

—¿Qué decís, mi buen Jaime? contestó el abad. No sabéis que el sacerdote es el amigo de los desgraciados? A más de

que, añadió sonriéndose, nosotros somos antiguos conocidos.

—¡Oh! ¡caballero! sí supiérais... Si me conociérais... no me hablaríais así... No, no, no me habléis con cariño; soy un miserable... un maldito de Dios.

—¡Un maldito de Dios! ¿Y lo creéis así? ¡Ah! mi pobre Jaime, no volvais á decirme estas cosas. Si habeis hecho mal, arrepentíos; confesaos; Dios es la misma bondad y lo perdona todo cuando hay arrepentimiento.

—¡Oh, no! á mi no me perdonará.

—¿Pero por qué? ¿No os arrepentís?...

—¡Sí me arrepiento! ¡sí me arrepiento! exclamó Jaime, incorporándose en su lecho y abriendo sus azorados ojos... ¡Sí me arrepiento!... ¡Oh sí! Me arrepiento: haceya treinta años que me arrepiento... ¡y sin embargo soy un maldito!

Esforzóse el buen sacerdote en consolarle y animarle, pero fué en vano. Un misterio terrible estaba oculto en el fondo de aquel corazón, y la desesperación impedía al culpable descubrir su crimen. Mas al fin, vencido por la dulzura, por la bondad del abate Paulino, el infeliz Jaime se decidió, y con ahogado acento, pronunció estas palabras:

—Era yo intendente del castillo de una rica familia, cuando estalló la sangrienta revolución del último siglo. Mis señores eran la bondad personificada... El señor conde, la señora condesa, sus dos hijas y su hijo... yo se lo debía todo á ellos; mi posición, mi educación, el desahogo en que vivía... ¡Cuando vino el terror les hice traición! Estaban escondidos; yo sabía dónde, les denuncié para poseer sus bienes que estaban prometidos á los denunciadores, y fueron condenados á muerte todos... todos menos el pequeño Paulino que era demasiado joven.

Un grito involuntario salía del pecho del sacerdote, y un sudor frío inundó su frente.

—Caballero, continuó el viejo, que no vió la emoción de su confidente, caballero, ¡esto es horrible! Yo ví como les condenaban á muerte; les ví colocar á todos en la carreta... y ví caer sus cuatro cabezas bajo el golpe de la cuchilla... ¡Oh, monstruo! ¡soy un monstruo!... Desde entonces no tengo paz ni reposo. Lloro, ruego por ellos... Y les veo siempre allí, delante de mí... ¿Veis? ahora están allí debajo de aquel lienzo.

Y al hablar así, Jaime señalaba con temblorosa mano una cortina que ocultaba un lienzo de pared.

—Ese crucifijo que veis á la cabecera de mi cama, era el del señor conde...

esa crucecita de oro que traigo puesta, era la que mi señora traía siempre consigo. ¡Oh Dios! ¡qué crimen! ¡qué horror! ¡qué arrepentimiento!... Señor abate, ¡tened piedad de mí! ¡no me rechaceis! rogad por el más desgraciado de los hombres!

El sacerdote estaba de hinojos junto á la cama, pálido como un cadáver. Permaneció cerca de media hora completamente inmóvil. Después levantándose con calma hizo la señal de la cruz, y descorriendo la cortina que cubría la pared, vió dos retratos...

Jaime, arrojó un grito al verlos, y se dejó caer en su jergon.

El sacerdote lloraba.

—Jaime, dijo con tembloroso acento, vengo á perdonaros de parte de Dios... Voy á confesaros.

Y sentándose junto á la cama, confesó al anciano.

—Jaime, dijo el abate Paukno al moribundo, cuando este hubo terminado, Dios acaba de perdonaros... Pero no es esto todo; yo también os perdono... por amor de Dios. Porque vos matásteis... á mi padre, á mi madre y á mis dos hermanas.

Erizáronsele los cabellos á Jaime... Abrió los labios; murmuró algunos sonidos... y se dejó caer en su cama.

El sacerdote se acercó: el mendigo estaba muerto.

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

(Continuacion.)

18. Jesús junto al pozo de Jacob.

Sacaréis agua con gozo de las fuentes del Salvador.

Isaias 12. 3.

Terminada la fiesta de Pascua, recorrió Jesús la Judea, enseñando y bautizando. Después regresó á Nazaret. Tuvo que pasar por el país de Samaria y llegó á una ciudad, que se llama Sicar ó Siquen. A la puerta de la ciudad, había un pozo, que el patriarca Jacob había mandado cavar. Como Jesús estaba cansado del camino, se sentó junto al pozo, mientras que sus discípulos se fueron á la ciudad para comprar viveres.

En esto llegó una mujer de Samaria para sacar agua del pozo, y Jesús le dijo: «Dame de beber.» La mujer se quedó admirada al oír esta demanda, porque los Samaritanos eran tan despreciados y odiados de los Judíos, que un Judío prefería padecer hambre y sed antes que a-

ceptar cosa alguna de un Samaritano. Por esto le dijo: «¿Cómo es, que siendo tú Judío, me pides de beber?» Jesús respondió y le dijo: «Si tú supieras, quien es el que te pide de beber, tú de cierto se lo pedirías á él y te daría agua viva.» «Señor, dijo la mujer, ¿dónde tienes tú pues esa agua que da vida? ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob que nos dió este pozo y que también de él bebió?» Jesús le dijo: «Todo aquel que bebe de esta agua, volverá á tener sed, mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá á tener sed.» La mujer le dijo entonces: «¡Señor, dame de esta agua!» Jesús le reveló los pecados secretos de su vida, después de lo cual la mujer, llena de arrepentimiento le contestó: «Señor, yo veo que de veras eres tú profeta.» Deseosa ya de servir debidamente á Dios de allí en adelante, añadió: «Nuestros padres han adorado al Señor en el monte de Garizin, pero vosotros, los Judíos, decís que Jerusalem es el lugar en donde es menester adorar á Dios. ¿Quién tiene pues razón? Jesús contestó: «Mujer créeme, vendrá la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalem, adorareis al Padre. Sí: ya ha llegado el tiempo en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre busca á tales que le adoren en espíritu y en verdad.» Dícele la mujer: «Yo sé que ha de venir el Mesías y cuando venga nos enseñará todas estas cosas.» Jesús le dijo: «Yo, que hablo contigo, soy el Mesías.» Entonces la mujer, dejando allí el cántaro de agua, corrió á la ciudad y dijo á las gentes: «Venid y vereis á un hombre que me ha dicho cuantas cosas he hecho, ¿será por ventura éste el Cristo?»

Entretanto llegaron sus discípulos y le rogaron diciendo: «Maestro, come.» Jesús les contestó: «Yo tengo un manjar para alimentarme que vosotros no conocéis, mi sustento consiste en hacer la voluntad de aquel, que me ha enviado.»

Luego que los Samaritanos vinieron con esta mujer de la ciudad á donde estaba Jesús, le rogaron se quedara con ellos. Jesús se detuvo allí dos días enseñándoles la doctrina de la salvación y muchos habitantes de Siquen creyeron en él.

El agua viva, que Jesús dá, es la gracia divina, que colma el alma con goces celestiales, tanto que el hombre olvida del todo los placeres de este mundo. Los verdaderos adoradores no deben jamás contentarse con tener una piedad aparente, como los Fariseos, sino ofrecer á Dios un corazón puro y humilde.

19. Jesús predica en Nazaret.

Volviéronme mal por bien, y pagáronme con odio el amor que yo les tenía. Salmo 108. 5.

Jesús regresó á Nazaret, su pueblo natal. Al sábado siguiente, según su costumbre, se fué á la sinagoga. Estando ya todo el pueblo reunido se levantó, en señal de que iba á leer. Pusieron en sus manos el libro del profeta Isaias y habiéndole abierto se encontró con el pasaje en que el profeta dice: «El Espíritu del Señor está sobre mí; él me consagró con su unción y me ha enviado para anunciar el Evangelio á los pobres y curar á los de corazón contrito.»

Luego que Jesús hubo cerrado el libro, lo entregó al ministro y se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él, y Jesús empezó á hablar así: «Hoy se cumple entre vosotros esta palabra de la Escritura que acabais de oír.» Y les demostró que todo esto estaba profetizado de él mismo, es decir del Mesías. Todos se quedaron admirados de las palabras tan llenas de gracia que salían de sus labios; pero, sin embargo no creyeron todavía en él, sino que dijeron: «¿No es este el hijo de José, el pobre carpintero?» Entonces Jesús les contestó: «En verdad os digo: ningún profeta es bien recibido en su patria. Así en tiempo de Elías, cuando hubo aquella hambre tan grande, aunque eran muy numerosas las viudas pobres en Israel, Elías no fué enviado á ninguna de ellas, sino que lo fué á una viuda pagana de Sarepta. Y en tiempo del profeta Eliséo había muchos leprosos en Israel y ninguno de ellos fué curado, sino que lo fué Naaman, natural de Siria.»

Al oír estas palabras, todos en la sinagoga se llenaron de cólera, no le dejaron ya hablar, le expulsaron de la ciudad y le llevaron hasta la cima del monte sobre la cual estaba edificada la ciudad para despeñarle desde allí. Jesús estaba ya al borde del precipicio, cuando de repente se volvió y pasó con tal calma y dignidad divina por medio de la multitud que sus enemigos quedaron estupefactos y como petrificados.

20. Milagros de Jesús en Cafarnaum.

El Hijo de Dios vino para deshacer las obras del diablo.

I. Juan 3. 8.

Jesús bajó desde Nazaret á Cafarnaum y enseñaba allí en la sinagoga los días de sábado. Todos se maravillaron de su doctrina, porque hablaba con tanta autoridad que sus palabras penetraban hasta lo más recóndito de los corazones.

De repente se levantó entre los oyenses uno que estaba poseído de un demonio inmundo y exclamó en alta voz: «¡Déjanos en paz! ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido para perdernos? Conozco que tú eres el Santo Dios.» Jesús increpando al demonio le dijo: «¡Enmudece y sal de este hombre!» El espíritu inmundo derribando al hombre por tierra, salió de él. Entonces todos los que lo vieron llenáronse de espanto y se decían los unos á los otros: «¿Qué es esto? ¡El manda con imperio á los espíritus impuros que salgan, y le obedecen!»

Saliendo Jesús de la sinagoga, entró en casa de Simon Pedro y de su hermano Andrés en la cual halló á la suegra de Pedro, que padecía recias fiebres y cuyo alivio le rogaron sus discípulos. Jesús entró en el aposento é inclinándose hácia ella, la tomó de la mano, la levantó de la cama, y he aquí que al momento quedó libre de fiebre, poniéndose en seguida á servir á Jesús y á sus discípulos.

Por la tarde de aquel mismo día, cuantos enfermos y poseídos del espíritu maligno se hallaban en la ciudad, habían acudido á la puerta de la casa de Pedro, como también toda la población de Cafarnaum. Jesús salió de la casa y con una sola palabra expelió á los espíritus impuros, y dió la salud á cuantos enfermos le fueron presentados.

En la siguiente mañana partió Jesús de Cafarnaum y fué predicando en las sinagogas de Galilea, curando todas las enfermedades y dolencias del pueblo.

Los profetas de la Antigua Alianza obraron milagros y enseñaron en nombre de Dios; Jesús enseña y hace milagros en nombre propio y por su propio poder.

21. La pesca milagrosa.

La bendición del Señor hace ricos (á los hombres).

Proverbios 10. 22.

Jesús llegó un día junto al lago de *Genesaret*, conocido también bajo el nombre de mar de Galilea. Una multitud de gente se apiñaba en derredor suyo para verle y oír sus predicaciones. A la orilla del lago había dos barcos, de los cuales el uno pertenecía á Pedro y entrando Jesús en él le rogó se alejase un poco de tierra. Después de haberse sentado comenzó desde el barco á enseñar el pueblo.

Habiendo cesado de hablar, dirigiéndose á Pedro y á su hermano les dijo: «¡Guiad mar adentro y echad vuestras redes para pescar!» Pedro le contestó: «¡Maestro! toda la noche hemos esta-

do trabajando y nada hemos cojido; pero en tu nombre soltaré otra vez la red.» Y cuando lo hubieron efectuado, cojieron un número tan crecido de peces, que la red casi se rompió. Hicieron señas á los compañeros que estaban en el otro barco para que viniesen á ayudarlos. Vinieron luego y de tal suerte se llenaron los dos barcos de peces, que casi se sumergieron. Al ver Simon Pedro esto, lleno de respeto y asombro se arrojó á los piés de Jesús diciendo: «¡Señor! apártate de mí, que soy hombre pecador.» Pero Jesús le dijo: «No temas: desde ahora serás pescador de hombres.» Llegados los barcos á tierra, Pedro y Andrés lo dejaron todo y siguieron á Jesús.

Jesucristo escogió el barco de Pedro para desde él mismo enseñar el pueblo. En la Iglesia de San Pedro, que es la Iglesia católica romana, continua Jesucristo enseñando la verdad eterna, por boca de San Pedro y los Papas, sus sucesores.—También la pesca milagrosa de los Apóstoles tiene su significado simbólico. El mar representa al mundo, la red á la Iglesia y los pecadores son los obispos y los sacerdotes, mientras que los peces vienen á ser los cristianos creyentes, que para su propia salvación entran en la red de la Iglesia.

22. El paralítico.

Yo soy, quien escudriña los corazones. Apocalipsi 2. 23.

Aconteció, que estando un día Jesús enseñando en una casa de Cafarnaum, rodeado de Fariseos y Doctores de la ley, que habían venido de todos los pueblos de la Galilea, llegaron cuatro hombres, trayendo sobre una camilla á un paralítico. Trataron de llevarle en presencia de Jesús, pero como no consiguieron entrar por la puerta á causa del tropel de la gente, se subieron con él al terrado, que según costumbre oriental, era plano y tenía una abertura en medio. Bajaron por ella al enfermo con la camilla á la estancia en que se encontraba Jesús, que, viendo la fé de ellos, dijo al paralítico: «Hijo mio, perdonados te son tus pecados.» Entonces los Escribas y Fariseos comenzaron á pensar y á decir: «Este hombre blasfema, porque solo Dios puede perdonar los pecados.» Jesús conociendo los pensamientos de aquellos les respondió: «¿Por qué pensais mal dentro de vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: Tus pecados te son perdonados, ó bien decir: Levántate y anda?» Después dirigiéndose al enfermo dijo: «Pero, para que sepais que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados te digo: ¡Levántate y toma tu camilla y vete á tu casa!»

Y al punto se levantó el enfermo, tomó la camilla, en que yacía, y se fué á su casa, alabando á Dios. Todos los circunstantes se quedaron pasmados y dando gloria á Dios exclamaron: «¡Jamás habíamos visto cosa semejante!»

L. C. Businger.

(Se continuará.)

VARIEDADES

PENSAMIENTOS.

Circunscribiendo la libertad del bien, que es el camino de la civilización, y ensanchando la libertad del mal, que es un precipicio, se coloca en un abismo á la sociedad.

La libertad no se halla en razón inversa, sino en razón directa de la autoidad.

La libertad no consiste en otra cosa que en hacer lo que se quiere, haciendo lo que se debe.

En el fondo, lo que se quiere es lo que se debe; porque nadie quiere el mal, y cuantos lo cometen, lejos de ser libres, son esclavos de sus pasiones.

El fin de nuestra naturaleza es el bien, y la libertad el desarrollo hácia ese fin.

Como una flecha hácia su blanco, así iría el hombre hácia el bien, si su libertad no encontrara obstáculos que la desvían.

Augusto Nicolás.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion. 4 ptas. mensuales.
Media 2 » »
Un cuarto id. 1 » »
Un octavo id. 50 cénts.

Por medio de correspondal 25 cénts. de peseta más por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5 bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y en Cuba, «La Historia», Remedios.

Imp. Nueva, Bellot, 3.